

levantar el corazón á Dios, y andar siempre en su presencia, pues realmente Él está en todo lugar presente; y ya dijimos que oración es levantar nuestro corazón á Dios: lo cual en toda parte se puede hacer.

Esto nos declara y encomienda aquella embajada que trajo Moisés á los hijos de Israel de parte de Dios, bajando del monte Siná: (1) en la cual, en nombre del mismo Dios, les dijo así: «Vosotros habéis visto las grandezas y maravillas que por vosotros hice en Egipto, y cómo os he traído hasta aquí sobre alas de águila. Pues si quisierais guardar mis mandamientos, seréis mi heredad y mi pueblo entre todos los pueblos de la tierra (porque mía es toda ella) y seréis un reino sacerdotal y gente santa.» Esta fué la embajada del Profeta. Pues ¿qué es esto que Dios aquí promete, y qué pide, cuando dice que será reino sacerdotal, y gente santa? Ya sabemos que el oficio de los Sacerdotes es orar y aplacar á Dios, y ofrecerle sacrificios. Pues este quería Dios que fuese uno de los principales oficios y ocupaciones de aquel pueblo que él para sí había escogido. De manera que todos quería que fuesen Sacerdotes; no en el grado, ó en la dignidad y ministerio sacerdotal; sino en el oficio que es orar y honrar á Dios. Y en esto quería que se diferenciase este pueblo de todos los otros pueblos: porque los otros como no tenían tal valedor y defensor como él, gastaban la vida en las guarniciones y provisiones de su república, como gente que vivía por su brazo: más éste, como no vivía principalmente por su brazo, sino por el de Dios, su principal intento había de ser orar, servir y aplacar á Dios: porque haciendo ellos esto, Él tomaría á su cargo la defensa de los que en estos ejercicios se ocupasen. Por do parece que las principales armas y municiones del pueblo Cristiano son religión y oración. Así lo confesó Joas, Rey de Israel, aunque idólatra (de quien arriba hicimos mención) el cual lastimado porque se le moría Eliseo (en quien tenía todas las esperanzas de sus

(1) Exod. 19.

victorias) dijo estas palabras: «(1) Padre mío, Padre mío, carro de Israel, y gobernador de él; ó como dice otra letra carro de Israel, y caballero de él.» Como si dijera, según declara una glosa: tú eres nuestra defensión y nuestro reparo; porque con tu oración eres más parte para defender este Reino, que todos los carros y caballos que hay en él. Este es pues el oficio que entonces Dios pedía y este el galardón que prometía. Y si tales quería que fuesen los fieles de aquel tiempo, mucho más ha de querer que lo sean los de hoy, pues viven en estado de mayor perfección. Por lo cual no te debes maravillar que alargue tanto San Basilio los plazos de la oración, señalándole por tiempo toda la vida; pues toda se ha de gobernar y proveer por ella.

Este ejercicio dice San Juan Clímaco (2) que era muy practicado entre aquellos santos Monjes de su tiempo: los cuales trabajaban mucho porque en todo lugar y tiempo, nunca desviasen el corazón de Dios. Y para no faltar en esto (porque el corazón humano con su propio peso se inclina á las cosas de la tierra) dice él que muchos de los que moraban en los Monasterios, tenían concertado entre sí de avisarse y despertarse unos á otros á esto con ciertas señales, cuando estuviesen en la mesa, ó se encontrasen por casa, ó se ayuntasen en comunidad ó en otros lugares semejantes. Pues ¿qué cosa más dulce ni más devota que esta? Entiende por aquí las diligencias é invenciones que buscan los que sirven á Dios con fervor de espíritu, para nunca olvidarse de Él.

DEL TIEMPO QUE DEBE TOMAR PARA LA ORACIÓN
TODO BUEN CRISTIANO

Pues tornando al propósito, este es el tiempo que S. Basilio dispuso para la oración: y esto debe pretender el que

(1) Reg. 13.— (2) Cap. 1. de la Obediencia.

de veras y de todo corazón se ha entregado al servicio de nuestro Señor: porque dado que no llegue á esta continuación, todavía menos alejado andará de ella, mientras más trabajare por ella. A lo menos todo buen cristiano debía procurar de tomar cada día tanto tiempo para darse á la oración, cuanto bastase para traer su corazón devoto y recogido y esforzado para todo lo que hubiese de hacer. De manera, que así como los hijos de Israel cogían tanto de aquel maná que Dios les enviaba en el desierto, cuanto bastaba para mantenimiento de aquel día que lo cogían (1) así nosotros habíamos de procurar cada día tanta devoción, cuanta bastase para conservar la vida espiritual en aquel día, sin desfallecer en los trabajos, ni desbarrar en los pecados: porque lo que era el maná para la sustentación de aquella vida, eso es la devoción y oración para el reparo y conservación de ésta: pues así como allí había calor natural, que tenía necesidad del reparo de aquel mantenimiento; así aquí hay otro calor pestilencial, así de la naturaleza corrupta como de la misma vida humana, que no menos tiene necesidad de este reparo continuo. Lo cual declara y encomienda el bienaventurado S. Gregorio en la pastoral por estas palabras: «Porque nuestro corazón se derrama y enfría continuamente con el uso del hablar, y la conversación y comunicación cotidiana con los hombres hace aflojar la solicitud y circunspección que debíamos tener para las cosas de Dios; conviene mucho reparar continuamente esta falta con la meditación de las palabras de la Escritura Divina. Y porque la compañía de los hombres del mundo nos lleva siempre á las costumbres de la vida vieja, conviene que el ejercicio de la compunción nos renueve siempre el amor de la patria celestial. Y pues vemos que el desasosiego de las ocupaciones derriba cada día nuestro corazón, conviene siempre trabajar por levantarlo con el estudio de la meditación y oración.» Hasta aquí son palabras de San Gregorio.

(1) Exod. 16.

Pues conforme á esta doctrina debe el siervo de Dios entrar en cuenta consigo, y según el estado de la vida que tiene, mirar el gasto ordinario de su conciencia, y conforme á esto proveer el recibo de tal manera, que todo lo que por una parte gasta la mala inclinación de nuestra carne, restaure la devoción del espíritu; y lo que perdemos con la conversación de los hombres, cobremos con la comunicación de Dios.

DE LAS HORAS MEJORES PARA LA ORACIÓN

Pues para esto hace mucho al caso tener entre noche y día algunas horas señaladas, para que sin negocios podamos más libre y enteramente vacar á Dios. Porque del espíritu y devoción que aquí se concibe, queda muchas veces tan tomado el corazón, y tan preso de la devoción que siempre huelga de perseverar en lo mismo, y abre de mala gana la puerta á lo que esto le puede impedir. De suerte, que así como el cuerpo anda con fuerza y vigor con la virtud del mantenimiento que recibe una ó dos veces al día, así lo anda también el hombre interior con la virtud de este pasto celestial.

Para lo cual señaladamente son muy encomendados dos tiempos: el de la mañana y el de la noche: como ya en otro lugar tratamos. Y así lo muestra con su ejemplo el Profeta Isaías cuando dice; (1) Mi ánima, Señor, te deseó en la noche: y con mi espíritu y con mis entrañas por la mañana velaré á tí. Y el santo rey David: (2) Madrugaron (dice él) Señor, mis ojos por la mañana para meditar las palabras y misterios de vuestra ley. Y es cosa cierta mucho para notar, ver como un gran rey, sobre quien cargaban tan grandes negocios, así de paz como de guerra, que tuviese el corazón tan libre y tan desapegado de todas las cosas, que el primero y el mayor de todos sus cuidados fuese madrugar por la mañana no sólo á orar (que es cosa

(1) Isaí. 26. (2) Psalm. 118.

que se puede hacer brevemente) sino á meditar en las palabras y obras de Dios: que requiere más largo espacio y sosiego de corazón. Y con ser tan graves los negocios de los reyes, y que tanto tiempo demandan, no por eso se excusaba el santo rey de tomar tanta parte del mejor tiempo del día para vacar á Dios, y quitarla á los negocios; porque allí disponia y encaminaba mejor los mismos negocios, tratándolos primero con Dios.

Más para que la oración de la mañana sea más perfecta, hace mucho al caso la oración de la noche; porque esta dispone para la de la mañana: porque como deja el corazón ocupado con santos pensamientos, queda como hecha la cama para esta otra oración; y así suele ser ella más pura y más devota. Para lo cual importa mucho acostarse el hombre con este cuidado, y cuando despertare de noche despertar con él, y mucho más á la mañana: donde es menester que el primer pensamiento sea de Dios y que éste ocupe la posada, y tome la posesión de ella, y cierre con presteza la puerta á todo otro pensamiento: porque en aquel tiempo está el ánima tan dispuesta y tan viva, que la primera cosa que se imprime en ella, de tal manera la prende, que es despues muy mala de echar de casa. Por lo cual dice San Agustín: Ni de día ni de noche apartes tu corazón de Dios: y en despidiendo el sueño de los ojos, luego tu sentido vele en la oración. Y el fruto de este trabajo es tan grande, que ordinariamente trae el hombre la vida concertada todo el día, cuando perfectamente cumplió con la oración de la mañana. Y así escribe San Juan Crímaco que uno de aquellos tantos Padres del yermo le había dicho que en la oración de la mañana veía todo el curso del día: porque según le iba en aquella oración, así le solia suceder todo lo demás en el mismo día:



CAPITULO VII

DEL EXAMEN DE CONCIENCIA

ARTÍCULO I

¿ES INVENCION NUEVA EL EXAMEN DE CONCIENCIA?

No, y mil veces no: no es invento ni ejercicio exclusivo de algún asceta moderno ó de alguna Orden de estos tres ó cuatro últimos siglos: data de tiempos antiquísimos.

San Basilio, que fué de los más antiguos, que dieron reglas á monjes, manda (1) que cada noche hagan este examen.

San Agustín en su regla (2) manda lo mismo; San Antonio Abad enseñaba y recomendaba mucho esto á sus religiosos; S. Benito, S. Bernardo y S. Buenaventura, Casiano, Sto. Domingo de Guzmán, S. Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, S. Vicente de Paul, S. José de Calasanz, etc., etc., y todos los fundadores de Órdenes Religiosas encarecen este medio de perfección (3). Y no solamente los Santos, sino los filósofos gentiles con la luz natural conocieron la importancia y eficacia de este medio de santificación. Pitágoras, según S. Jerónimo y Sto. Tomás de Aquino, Ord. Praed., entre otros documentos que daba á sus discípulos, daba este del examen de conciencia como muy principal y les mandaba que cada uno tuviese seña-

(1) S. Basilius, hom. 1. de intitut. Mont, et serm. 1, de abdicat, sive renunt saec istius, et spirit perfect. (2) S. August. lib. 50 homil. homil. 24.

(3) S. Bernard. de int. dom. cap. 65, et in spec. Monach. — Casianus. collat. 5, abbatis Serapion. cap. 14; — Hugo de Scto. Victore, lib. de anima, c. 6. Doctheus, doct. 10 et 11. S. Dominicus in veg. Sti. Aug. S. Ign. in cont. etc.